

## De la piscina al mar, del Colegio a la Universidad



Rocio Garcillán López-Rúa



**M**i feliz vida en el colegio iba acercándose a su final y con ello la «gran» decisión abrumaba mi cabeza: *¿qué carrera voy a elegir?* Siempre he sido muy tranquila y reflexiva, así que a medida que transcurría el tiempo, iba madurando mi elección, procurando mantener la serenidad cuando me encontraba llena de dudas y concederle la relativa importancia que merece. Barajé muchísimas posibilidades y al final, libremente, escogí Ingeniería Industrial en San Sebastián, ciudad donde vivo.

El colegio terminó y aunque me daba pena acabar una etapa buenísima, últimamente me estaba un poco pequeño y me moría de curiosidad por empezar la universidad. Después de un largo y divertido verano llegó el 25 de Septiembre, mi primer día de Universidad: la presentación. Subí aquella cuesta caminando con dos buenas amigas al lado, una ilusión tremenda y un cierto nerviosismo agradable. Llegamos a la escuela, la entrada estaba llena de gente, podría asegurar que todos éramos de primero y allí comenzaron las miradas, nos encontrábamos un poco vergonzosas porque nos miraba la gente, pero a la vez nosotras no podíamos dejar de mirar, sentí que me faltaban ojos, hubiera deseado que se parara el tiempo.

Sin embargo, aquel momento no duró demasiado. Nos dieron algunas charlas introductorias acerca de las asignaturas, de lo mucho que hay que estudiar, etc.... Lo que escuché me gustó pero mucho más lo que ví, los profesores, las aulas, sobre todo los alumnos, mi curso está dividido en dos clases de 150 personas cada una, son muchos más chicos que chicas y en general había un ambiente cálido, simpático. Yo pensaba que el primer día conocería mucho más de la Universidad, volví contenta pero dándome cuenta de que apenas conocía nada.

Al día siguiente allí estaba encantada, aunque no dimos clase conocí a mis profesores y, poco a poco, empezamos a contactar con la gente: todos intentábamos abrirnos a los demás, así que aunque daba un poco de vergüenza, en seguida, por cualquier cosa te ponías a hablar con quien fuera, mejor dicho, a intercambiar un par de frases, no llegábamos a más.

El tercer día empezamos a dar clase, todas las asignaturas me gustaron, me llamó la atención mi profesor de física II: es un señor mayor, con el pelo blanco y pinta de Einstein, se paseaba tranquilamente por la tarima hablando sin prisa, era como me hubiera imaginado una clase de física en la Universidad. También me chocó la clase de álgebra, después de una teoría fácil, al final de la clase el profesor propuso un ejemplo «explicativo» complicadísimo, (yo creo que para asustarnos un poco), nadie lo entendimos y las reacciones

fueron geniales: unos copiaban como si dominaran cómo salir de ese «atolladero», otros dejaron de copiar... y yo, sentía que **había cambiado la piscina por el mar** y con las olas ya no hacía pie, pero me divertía esa sensación, esa falta de dominio, fue un momento realmente especial. Llegó el primer fin de semana, como San Sebastián es bastante pequeño, por la noche nos encontramos varios de 1º y añadimos el ser compañeros de escuela a serlo de vida.

La semana siguiente nos introdujo mucho más a la vida universitaria, las asignaturas comenzaron a tomar consistencia, empezabas a saber un poco de qué iba cada

una y a apreciar la manera de enseñar de cada profesor. Ahora sí empezabas a hablar de cosas más interesantes, a reírte y a sentarte un poco cómplice del resto de la gente (aunque poco a poco). Tengo turno de tarde, por las mañanas empecé a ir a la escuela a estudiar, mejor dicho, a conocer mejor a mi clase y, entre descanso y descanso, estudiar un poco. He de confesar que entonces yo pensaba que estaba estudiando, no mucho, pero algo; ahora miro atrás y me parece que no estudiaba casi nada, en ese momento es importante relacionarse, así que hice bien, me queda mucho, mucho tiempo para estudiar.

Poco a poco voy trabajando más y más pero un detalle importantísimo es que, mientras trabajo, no me aburro, me gusta, ya que hay que dedicar tanto tiempo. Creo que es un aspecto esencial. Me dí cuenta de que además de aumentar mi concentración y agilizar mi capacidad de trabajo, me hacía falta modificar mi método de estudiar; todavía no sé muy bien cómo, la experiencia supongo que me irá guiando. Aunque suene raro, mi enemigo no es ni la dificultad, ni la cantidad... es el tiempo, soy un poco lenta y eso de trabajar a contrarreloj lo odio. Voy a mi ritmo, pero el ir acumulando asuntos no me gusta, ese «tengo que hacer, tengo que buscar, tengo que sacar...» rondando por la cabeza no creo que sea bueno, éste es un aspecto en el que me queda mucho que aprender.

Junto a esta concienciación del estudio que requiere la carrera, tampoco han faltado ratos de cafetería con amiguetes y, como universitaria, la asistencia a fiestas dedicadas a nosotros. Me he propuesto vivir intensamente, trabajar bien, divertirme bien, aunque reconozco que juego con ventaja porque me gusta lo que hago y, más o menos, me lo paso bien «currando».

Cada vez disfruto más con mis nuevos amigos, con mis retos personales y con comenzar a llenarme de lo que iba yo buscando en la universidad: una amplitud de conocimientos que haga avivar mi inteligencia y mi sensibilidad.